

Traductores

Manuel Campa

En las traducciones siempre es algo de verdad el refrán italiano de: “traduttore, traditore.” Dos idiomas diferentes hacen decir, con frecuencia, cosas algo distintas. Recientemente, han sido publicados en español dos textos pensados y escritos, en su mayor parte, originariamente en bable: la “Historia Universal de Paniceiros”, de Xuan Bello, y las “Historias de un Seductor”, de Miguel Rojo. El libro sobre Paniceiros ha merecido la atención de los suplementos literarios de los periódicos de Madrid y Barcelona. Por lo tanto, algo nuevo bajo el sol: la consideración, como un fenómeno literario normal, habitual, de un texto, procedente de un área cultural periférica, que no es Cataluña, ni el País Vasco, ni Galicia; una pica en Flandes, el interés que está despertando el escritor nacido en la parroquia de Sanfrichoso, en Tineo. En el caso de las “Historias de un Seductor”, se trata de uno de los textos narrativos de más éxito de cuantos se publicaron en Asturias en los últimos diez años. Son bien conocidos los problemas de las traducciones de otras lenguas al bable, especialmente del castellano, pero no es tan habitual que se viertan al español textos escritos primero en asturiano. Así como la dificultad mayor, para pasar del castellano al bable, se da, sobre todo, con los términos y expresiones más abstractos y con el lenguaje científico, en cambio, la expresividad y concreción del bable resultan, con frecuencia, difíciles de trasladar a la lengua del imperio. Ocurre algo parecido a lo que aconteció, en su día, con el castellano, con respecto al alemán. Así, Ortega crea la palabra “vivencia” para traducir del alemán “erlebnis”, palabra creada, tal vez, por Dilthey. Pero, cuando el gran escritor madrileño viene a Asturias, se encuentra con la palabra “atopadizo”, a la que encuentra traducción en alemán –gemütlich- y en inglés –cosy-, pero no en castellano, por lo que propone hacer vigente en español el término asturiano. La autora de la excelente traducción de las “Historias de un Seductor”, Asunción Martín, se encontró con la primera dificultad ya en el título del libro, pues, ¿cómo decir en castellano, “memorias de un babayu”? Al final, optó por “memorias de un gilipollas”. Pero, ¿es lo mismo un babayu asturiano que un gilipollas madrileño? Evidentemente, no. Hay que reconocer que no existe, seguramente, en español, un término equivalente a babayu, con lo cual se justifica, en alguna medida, la traducción por gilipollas. Quedan vocablos, con una acepción lejanamente parecida, en otras lenguas romance: como “babayaes”, en ladino, o babáu, en catalán. Y, en latín vulgar, pueden rastrearse los sentidos básicos de “babayu”: bobo, charlatán y que se da importancia. Algo, sin duda distinto del significado de “gilipollas”, que en el diccionario de la Real Academia aparece como: tonto, lelo, aturdido e ignorante.

El término “babayu” sólo se usa habitualmente en el bable central, y, casi siempre, en masculino. Tal vez porque en las alas de Asturias hay muy pocos babayos, aunque se den con frecuencia otros defectos, que no siempre son menores. Ni en Vegadeo, ni en Llanes abundan los fanfarrones baratos, o babayos. Cuando, cada verano, llegaban los asturianos a Boñar o a Valencia de don Juan –antes de la moda de Cancún-, siempre surgía algún leonés que avisaba: “Ya están aquí los babayos”. Y no le faltaba razón al amigo cazurro.